

¿CIENTIFISMO VERSUS HUMANISMO?

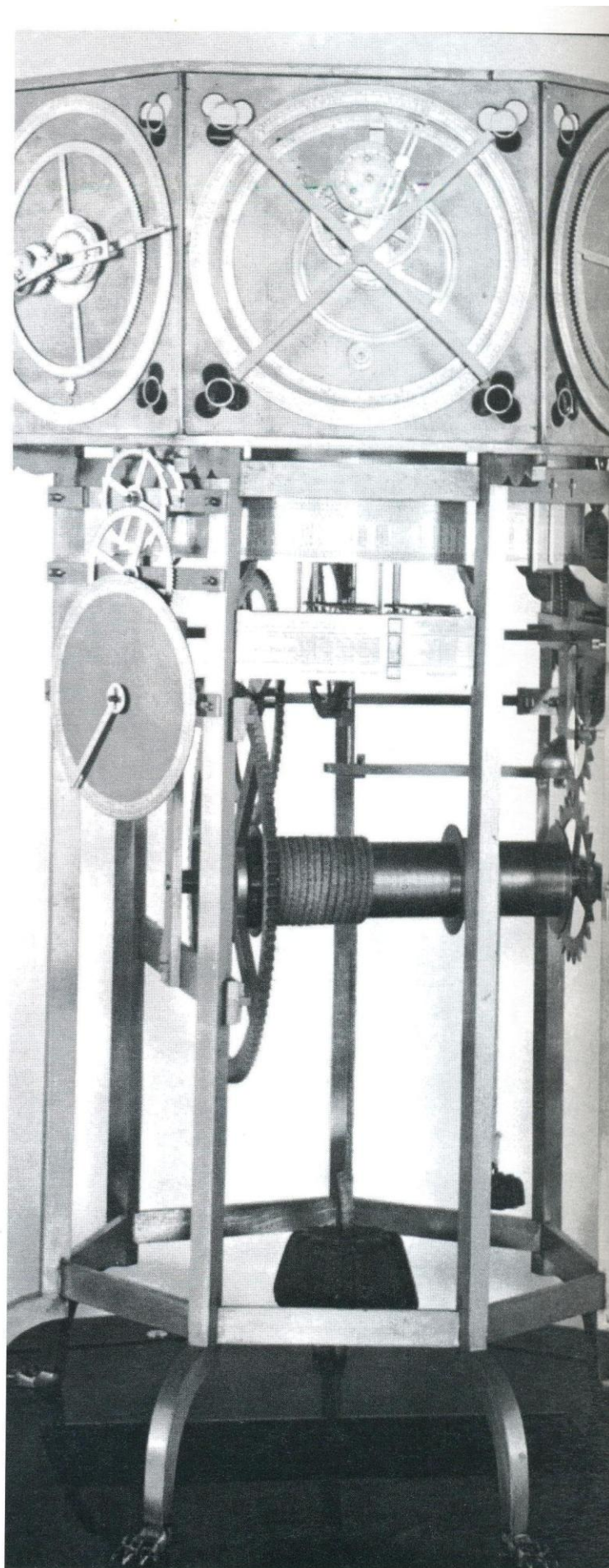
Si pudiese resumir todo el mal de nuestra época con una sola imagen optaría por una visión para mí familiar: un hombre descarnado, frente curvada y espaldas doblegadas cuyo rostro y ojos no reflejen la más mínima huella de pensamiento.

Primo Levi, *Si esto es un hombre*

Si se estima el pensamiento lírico fundamento de la trascendencia individual; si con perspectiva histórica se analizan las consecuencias científicas más novedosas —desde la conquista espacial a la cibernética— a la observación se despliega como consecuencia de la lógica de lo imaginario un variado panorama de antecedentes percepciones artísticas: “la fantasía de los hombres, la imaginación en sí misma nunca hace otra cosa que prolongar las leyes generales del Universo” proclama la obra de Roger Caillois, uno de los grandes constructores de nuestra época. El Gran Mercado Mundial de consumo galopante y pseudo-cultura actual elude algo tan patente y se empeña en amputarse las alas materializando vertiginosos fines científicos mientras relega el humanismo a un rincón de trastos inútiles. Una leve ojeada contable a las colosales inversiones en cualquier ambición técnica y a las exiguas destinadas a la

formación sensible, espiritual del *hombre íntegro* frente al *truncado* por el mercantilismo rampante de nuestros días, informa de tal desatino. Inútil tergiversar la realidad formulando argumentos a contrario con quienes por una predisposición casi sublime logran evitar (en parte) su condición de clientes del Hipermercado de la Aldea Global y aún en su formación ambas disposiciones del pensamiento a favor de la poética generalizada de un ser humano unitario; no dejan de ser raras por no decir extravagantes excepciones para la ingente masa de *especialistas*, tuertos en la incubadora del ofuscado progreso científico: ahí están los técnicos o investigadores que nunca leyeron a Cervantes o su contrafigura de humanistas que desconocen el teorema más elemental. Al parecer en la actual ceremonia de confusión universal ante el animal racional sólo se abren dos posibilidades bien diferenciadas: la material o la

espiritual –no ambas a la vez como sería deseable– viéndose obligado o a elaborar un destino algebraico con la cosificación/robotización como finalidad insoslayable o aferrarse a sueños quiméricos con reiteradas por resabidas consecuencias de rebeldías más o menos artísticas –baste subrayar el automatismo didáctico pasando por el absurdo, la abstracción el objetivismo, la intertextualidad de las Nuevas Novelas o el divertido gazpacho aritmético-literario del Oulipismo hasta los actuales intentos de arte cibernético– atusadas con un inevitable entramado estético intimista, onírico o psíquico, para exclusivo uso de minorías selectas indiferentes a/para los programas tecnológicos. Las visiones quiméricas con efectos prácticos de Leonardo, el esperpento goyesco, el surrealismo pionero del Bosco, el barroquismo gongórico y tantos otros, alimentaron las obras de muchos herederos del pensamiento humanitario reformista decimonónico –algunos ilusos contemplaron plasmado el futuro de la idea de humanidad en sus juegos de la ilusión y el azar vanguardistas sin reparar en que cualquier ángulo visual que fracciona la realidad la oscurece– así como las experiencias más alucinantes del imperio industrial. La humanidad no puede evitar la tentación de la confusión que indefectible conduce al absurdo como rebeldía ante los criminales avances de la técnica militar o política al servicio de despiadados intereses hegemónicos o la tecnificación desenfrenada de la barbarie electrónica a la del *pensamiento único* neoliberal de nuestros días. El individuo al focalizar dudas en su propio conocimiento y su abandono de la lógica –la excepción del pantha rei es el pensamiento lógico, manifestaría Antonio Machado– se ve empujado a dejar de inquirir/se en la problemática estética consecuente con la integridad y diversidad de su realidad ontológica y abandonarse a la automatización, a la negación de la sensibilidad y al abandono de la creación lírica. En estos momentos la globalización y arrolladora masi/cosificación del capitalismo mercantilista imperante no sin ciertos ánimos redentoristas procura desviar la atención de todo lo que no sea el imperio de la imaginaria televisual en el altar mayor de la catedral de la estupidez mundial con la lamentable secuela de una beoda radicalización del humanista –en estudioso desamparo promociona



sus capacidades de reflexión alimentando una actitud aristocrática- en defensa de la preeminente posición del subjetivismo y el espíritu clasista, de la cogitación y no del pensamiento. Ni tan siquiera él -a pesar de su cacareada soledad e indiferencia social que parecen instituidas constantes de su labor- logra soslayar ese *espíritu gregario belicista* de la *minoría luminosa* a la que está adscrito contra el resto de los *seres sociales inválidos*; y por extensión a los medios técnicos del entorno adverso. Olvida con frecuencia enfermiza que lo propio de cualquier actividad del espíritu es partir de una conciencia individual dotada de la unidad de un Yo para dirigirse a un No-Yo. Ni siquiera el realismo socialista o el *engagement* sartriano lograron asestar un hachazo al enhiesto totem del gregarismo intelectual y su orgullosa concepción de redentora clase superior. De modo que por un lado u otro no deja de consternar tal estado de cosas. Escasos desorientados seres sensibles siguen buscando la justa senda de una aleatoria verdad en el espeso bosque de las tecnociencias al servicio de la abstracción de una comunicación planetaria. A veces el trabajo de tales íntegros seres rebeldes rodeados del total desprecio de los ideólogos mercachifles se desprende algo concreto, efectivo, bello y a la vez espiritual en donde cientifismo y humanismo se conciertan: en apariencia la física teórica nada tiene que ver con el humanismo, mas ahí está la obra, una de las escasas excepciones ejemplares, de Stephen Hawking, entre Heisenberg y San Agustín, para convencer de lo contrario y permitir que física y metafísica se concierten o el rigor científico de Caillois puesto al servicio de la imaginación afectiva, como designaba al lirismo, en tanto que función del espíritu y no como género literario.

En síntesis: el humanista sigue solo -es su característica fáctica- con la responsabilidad del futuro de una humanidad que debe concebir y defender con nuevas miras. No queda más remedio que provocar experiencias para adecuar el espacio insustancial de la tecnificación multimedia -amenaza constante de masificación y pérdida de valores esenciales- y la moralidad que no es producto de adelantos técnicos sino del ejercicio poético que a pasos de gigante va quedando a la zaga -estudios de filosofía, historia del arte reducidos al mínimo, latín y griego borrados de los programas

escolares, etc-. Tal adecuación se plasmaría en quienes amparan los valores individuales y de las minorías en efectiva cooperación de la cultura científica con los esfuerzos humanistas. Luego llegaría el momento de crear una moral que no se fraccione, que no envejezca, que pueda adaptarse a las exigencias de cada momento y sirva para borrar ese *resentimiento* designado así por Hannah Arendt como disposición objetiva del hombre contemporáneo y con ello provocar la gratitud fundamental por poder disfrutar de las cosas elementales de la vida, de la existencia del hombre y del mundo.

El olvidado filósofo argentino José Ingenieros decía hace casi un siglo que no resultaría arriesgado pensar que en una venidera ética floreciese un idealismo moral independiente del apriorismo metafísico; y que los ideales de perfección, fundados en la experiencia social y evolutivos como ella misma, constituirían la íntima trabazón de una doctrina de perfectibilidad indefinida, propicia a todas las posibilidades en los avatares del enaltecimiento humano. El tradicionalismo, casi siempre inoperante, el apego a ideas periclitadas sólo logra desorientar en esta época eminentemente mercadotécnica. El humanista -poeta, novelista, filósofo o plástico- es tan indispensable a la sociedad como el investigador científico o el técnico; mas si bien es cierto que la medida de la sensibilidad se ha colectivizado también lo es que aún no se ha desplazado totalmente del humanismo. Como enfatizó en su momento Tierno Galván, vivimos una nueva aurora del pensamiento y lo que hasta ahora se denominó cultura humanista no es sino una cultura del fraccionamiento. Los pocos hombres íntegros de uno u otro borde encarados a lo inhumano y reincorporados "al orden verdadero de la historia y no al de una falsa naturaleza", en expresión de Roland Barthes en su premonitorio artículo "Humanismo sin palabras", debieran emplear todas sus energías en tender un puente para que la sima abierta entre cientifismo y humanismo pueda flanquearse y así las generaciones futuras consigan soslayar las notorias y vergonzosas fisiones actuales abarcando ambas caras de la viva moneda del pensamiento. De lo contrario preparémonos para una derrota inevitable.